



**Catequesis de Cuaresma de  
S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana**

**S.M.I. Catedral de La Habana,  
6 de marzo de 2015.**

### **Tercera catequesis: “Pecado y misericordia de Dios”.**

Por lo que hemos visto en los encuentros anteriores, ya sabemos que en el Antiguo Testamento no se define el pecado, diciendo como más tarde los teólogos y pensadores después de Cristo, que se trata de una ofensa a Dios, de una falta de obediencia a Dios, porque el pecado no es algo que existe y que el hombre atrapa como si fuera un virus. No se puede aislar en un laboratorio el virus de ese mal que es el pecado. El pecado se da siempre en una persona concreta. Por eso tiene un valor descriptivo fundamental el pecado de Adán y Eva. Todo el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento conocía lo que es el pecado al aprender, quizás memorizándolo, el relato de la Creación y el modo de actuar de Adán y Eva desobedeciendo a Dios. Eso es el pecado.

Pero desde el principio se descubre también cómo actúa Dios frente al pecado.

Dios pregunta al hombre y a la mujer por qué desobedecieron comiendo el árbol del bien y del mal. Adán acusa a Eva de haberlo instigado, Eva acusa a la serpiente por haberla tentado y Dios maldice a la serpiente y la condena a vivir arrastrándose; pero no maldice ni al hombre ni a la mujer.

Eso sí, habrá en el mismo desarrollo de sus vidas ciertas penalidades que acompañarán a algunas acciones humanas. Dios que se mostró amigo, cercano, que muestra su ternura divina cuando pregunta al hombre y a la mujer qué han hecho y por qué, Dios que soporta la falta, no disculpa. Dios no pasa una esponja blanda sobre el pecado, sino deja que repercuta. Dios misericordioso castiga el pecado: *“A la mujer le dijo: Mucho te haré sufrir en la preñez, parirás hijos con dolor, tendrás ansia de tu marido, y él te dominará. A Adán dijo: Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí, maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga y mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste sacado; pues eres polvo y al polvo volverás”* (Gn 3, 16-19).

Pero debemos entendernos: no se trata aquí de lo que dice el merengue dominicano: “el trabajo lo hizo Dios como castigo”, porque cuando Dios crea al hombre, antes del pecado le da la tierra para que produzca frutos (*“El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén, para que lo guardara y lo cultivara”*, Gn 2, 15). No es que Dios haya creado el trabajo como un castigo, pues se hizo fatigoso después del pecado. Tampoco el parto es un castigo de la mujer. Dios había dicho al crear la pareja humana: *“Sean fecundos y multiplíquense, llenen la tierra y sométanla”* (Gn 1, 28).

El cansancio del trabajo, los dolores del parto, serán la repercusión de las consecuencias del pecado. Ese es el castigo del pecado.

En el libro del Éxodo Dios deja que el castigo repercuta hasta la cuarta generación para mostrar qué cosa es el pecado y su gravedad: *“El Señor pasó ante él (ante Moisés) proclamando: Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad, que mantiene la clemencia hasta la milésima generación, que perdona la culpa, el delito y el pecado, pero no los deja impunes y castiga la culpa de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación”* (Ex 34, 6-7). Dios deja que el castigo del pecado repercuta hasta la cuarta generación para mostrar qué cosa sería es el pecado.

Pero la misericordia de Dios se conserva intacta hasta la milésima generación: Dios es siempre misericordioso.

El pecado personal individual no es el único que tendrá como consecuencia un castigo por parte de Dios. También los pecados colectivos del pueblo de Dios traerán consigo catástrofes. La predicación del profeta Jeremías está llena de advertencias: El pueblo de Dios es muy pequeño. Está situado entre dos grandes Reinos: al norte Babilonia y al sur Egipto. A través de su territorio van y vienen las caravanas para el comercio.

Jeremías recuerda al Pueblo que ellos tienen una Alianza con Dios, que Yahvé-Dios hizo en el Sinaí: ustedes serán mi pueblo, Yo seré vuestro Dios. Si mantienen esa alianza ninguno de los dos Reinos lo atacará.

Pero el Pueblo de Dios comenzó a dar culto a dioses extraños y además cayó en la tentación de asegurar su pequeño reino pactando con uno de los grandes: algunos recomendaban que pactaran con el Reino del Norte (Babilonia), otros con el Reino del Sur (Egipto). El profeta Jeremías decía: ustedes tienen un pacto con Dios, ésa es nuestra Alianza. Si pactan con el Norte el Sur caerá sobre ustedes. Si pactan con el Sur, el Norte vendrá sobre ustedes.

En efecto, el Pueblo de Israel, ante el poder inmenso de Babilonia pactó con Egipto y fue arrasado por el Reino del Norte, y destruyeron el Templo, y el pueblo fue deportado en masa y llevado hacia el Reino de Babilonia. Habían pecado no oyendo la predicación de los profetas. Fue el pecado colectivo del pueblo que trajo como consecuencia el exilio de Babilonia, que duró 490 años.

Se quedó el pueblo sin Templo, sin culto, Jerusalén asolada y el pueblo esclavizado lejos de la tierra prometida: el pecado de apartarse de Dios, de no confiar en la Alianza, de no escuchar al enviado de Dios, el profeta que le traería el mensaje del Señor, lo llevó a esa situación que los profetas y el pueblo interpretaban como un castigo.

*“Rogué al Señor, mi Dios, e hice esta confesión:*

- *Señor, Dios grande y terrible, que mantienes la Alianza y eres fiel con aquellos que te aman y cumplen tus mandamientos. Nosotros hemos pecado, somos reos de incontables delitos, hemos sido perversos y rebeldes y nos hemos apartado de tus mandamientos y preceptos. No hemos hecho caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros antepasados y a todo tu pueblo. Tú, Señor, eres justo; nosotros en cambio, hombres de Judá y habitantes de Jerusalén, nos sentimos hoy avergonzados; así como todos los israelitas, tanto los de cerca como los que están lejos en los países a los que tú los has dispersado por haberse rebelado contra ti. Nos sentimos, Señor, avergonzados, lo mismo que nuestros reyes, príncipes y antepasados, porque hemos pecado contra ti. Pero el Señor, nuestro Dios, es*

*misericordioso y clemente, aunque nos hayamos rebelado contra él y no hayamos escuchado su voz ni seguido las leyes que nos dio por medio de sus siervos los profetas”. (Dan 9, 4b-19).*

Daniel es un profeta que vive en el exilio; en su oración se dirige a Dios según lo dicho en el libro del Deuteronomio: a la infidelidad del pueblo sigue indefectiblemente el castigo. Daniel, como portavoz de todo el pueblo, confiesa al Dios grande y terrible y dice con sincero arrepentimiento que los sufrimientos son bien merecidos.

Pero su confesión no termina en desesperación, sino en una espera confiada del perdón divino, pues el Dios de Israel es misericordioso y clemente, lento a la cólera y rico en piedad.

Vean cómo siempre la misericordia triunfa y Dios perdona, pero hay un camino que hacer: aceptar que el pecado lleva consigo la penitencia, arrepentirse sinceramente y recurrir a la misericordia de Dios que siempre perdona.

En el momento mismo en que los profetas anuncian las peores catástrofes conocen la ternura del corazón de Dios. Y así el mismo Jeremías en palabras preciosas que pone en boca de Dios dice: “*¿Es, pues, Efraín (Efraín es otro nombre del pueblo de Israel) un hijo tan querido, un niño tan mimado, para que cuántas veces trato de amenazarle me estremezca su memoria y no pueda menos que desbordarse mi ternura?*” (Jer 31, 20).

Si Dios mismo se conmueve de tal manera ante la miseria que acarrea el pecado, es porque desea que el pecador se vuelva hacia El, que se convierta.

La conversión: Con el regreso del exilio a la Tierra Prometida Dios quiere simbolizar la “vuelta del pueblo” a Él, a Dios. “Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva”.

La Misericordia de Dios no tiene más límite que el endurecimiento del pecador:

*“Pero tú, Señor,  
Dios clemente y misericordioso,  
lento a la cólera rico en piedad y leal,  
mírame, ten compasión de mí.  
Da fuerza a tu siervo,  
salva al hijo de tu esclava”. (Sal 86, 15-16).*

*“El Señor es clemente y  
misericordioso,  
lento a la cólera y rico en piedad;  
el Señor es bueno con todos,  
es cariñoso con todas sus criaturas”. (Sal 145, 8-9).*

Dios pide que seamos misericordiosos, como El lo es.

Dios es ternura infinita y quiere que el culto que le brindamos a Él sea el de la misericordia: “El ayuno que yo quiero es socorrer al pobre, a la viuda, al huérfano y no desentendernos del que necesita nuestra ayuda”.

Pero el rostro de la misericordia divina se mostró plenamente en Jesús.

Jesús, antes de realizar el designio de Dios quiso hacerse en todo semejante a sus hermanos (menos en el pecado) a fin de experimentar la miseria misma que venía a salvar.

El pecado, que es desobediencia al padre no podía estar presente en su vida santa, pero sí asumió las consecuencias dolorosas del pecado.

En el evangelio de San Lucas Jesús muestra su misericordia a todos los hombres, pero especialmente a los pobres, a las mujeres, a los niños, a los enfermos, a los extranjeros, a los más débiles de la sociedad.

Jesús siente lástima por la multitud que vaga como ovejas que no tienen pastor.

En el evangelio de San Juan, Jesús, hablando con Nicodemo, le dice: “El Hijo del Hombre no ha venido a condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El”. El perdón es fruto de la Misericordia infinita de Dios. Desde lo alto de la Cruz Jesús pronuncia una palabra estremecedora que brota de su corazón misericordioso: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”, y las dirige a sus propios verdugos.

Pero nada mejor para comprender qué es la misericordia de Dios que la parábola del Hijo Pródigo que Jesús relata en San Lucas. El rostro de la misericordia divina que mostraba Jesús a través de sus actos quiso dejarla retratada para siempre en esta parábola. Su lectura nos muestra el corazón misericordioso de Dios, nuestro Padre. En ella está dicho lo que es la misericordia divina (Lc 15, 11-31).

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2015©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original